

el principio de sus decisiones. Y una concepción que, en apariencia, desdén la iniciativa individual, que parece ver en la conciencia una resultante pasiva, un efecto y no una causa, suscita inmediatamente las más naturales sospechas. El objetivismo moral es el escepticismo moral, es el nihilismo moral.

Pero ¿son fundados esos temores? ¿Puede *toda* la moralidad ser deducida, o más bien, inducida de la materia social? ¿Basta plantear el medio y la sociedad—el medio y la sociedad *ambientales*,—para que la moralidad sea? ¿No deja el objetivismo de los sociólogos lugar a una interpretación de la realidad por la conciencia individual? ¿Absorbe el problema moral, o por mejor decir, le supone?

Conocida es la concepción de la «naturaleza social», desarrollada por M. Levy-Bruhl. Del mismo modo que tenemos—dice—dos representaciones de la «naturaleza física», una sensible y subjetiva y otra conceptual y objetiva, así también debiéramos tener dos representaciones de la «realidad moral», una en la forma de conciencia y otra en la de leyes naturales. Así como los sonidos y los colores han sido reemplazados por las ondas del aire y del éter, asimismo nuestros sentimientos y nuestras obligaciones habrían de reemplazarse por equivalentes objetivos. Los hechos morales, ordenados entre los hechos sociales, llegarían a ser así objeto de ciencia. La naturaleza moral quedaría sometida al mismo determinismo que la naturaleza física.

Presentada la tesis bajo esta forma, es irreprochable y pueden aceptarse todas sus conclusiones como la evidencia misma. Los hechos sociales son científicamente determinables; las costumbres, las lenguas, las religiones, todos los productos de la actividad humana son, al mismo título que los fenómenos físicos, regidos por leyes constantes, que se pueden descubrir y formular.

Pero si se ha respondido así a la cuestión *científica*, no se ha respondi-

do a la cuestión *moral*. Ni siquiera se la ha desflorado. En moral no se trata de estudiar los *productos* de nuestra actividad, sino de colocarnos en el momento mismo de su *producción*. No examinamos lo que está planteado, ni siquiera cómo lo planteamos: lo *tratado* carece de interés para nosotros; el *tratar* únicamente nos preocupa. Lo que desaparece con M. Levy-Bruhl, lo que separa intencionadamente, es precisamente para nosotros el punto de vista moral, y la moral está toda en ese punto de vista. Si el sociólogo tiene el derecho de descuidarle, el filósofo, que se ocupa de la psicología moral como del hombre preocupado por el problema de la acción, tiene el deber de retenerle.

Es preciso, pues, restituir a la conciencia el sentido y el lugar que las tentativas objetivistas mal interpretadas o llevadas al extremo amenazaban hacerle perder. La importancia considerable de la ciencia de las costumbres no debe ilusionarnos; ofrece sin duda un punto de apoyo indispensable a la moral; pero no es la moral, ni siquiera la reemplaza. No hay moral sino para y por la conciencia, para el pensamiento reflexivo que toma posición antes de obrar.

La conciencia, única en causa cuando se trata de determinar, de adoptar una decisión, plantea, en efecto, el problema moral, o por mejor decir, reduce todo el problema moral a una sencilla cuestión de posición: posición de la voluntad respecto de los diferentes fines posibles de la acción, actitud que ha de adoptarse en una circunstancia dada. Comparación y evaluación de las soluciones eventuales y elección de la solución preferible; he ahí el problema.

La moral es, pues, una determinación de actitud; la cuestión moral lo es de preferencia y de evaluación. ¿Qué es preferible: matar o no matar? ¿Mentir o no mentir? ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo evitar?

Como se ve, el problema moral se distingue sencillamente del problema científico. Un conocimiento objetivo